



## Pascua 2016

Según el Evangelio de Juan, junto a la cruz permanecieron sólo la madre de Jesús, el discípulo amado y dos mujeres, una de ellas María de Magdala (cf Jn 19, 25-27). Este reducido grupo de personas se resistía a admitir la posibilidad de un final tan ignominioso para el maestro y profeta de Nazaret, al que tanto amaban. Terminado el reposo obligado del sábado, al amanecer del día primero de la semana, María Magdalena fue al sepulcro.

María Magdalena se había convertido en una fervorosa discípula de Jesús, que la había liberado de “siete demonios” (Mc 16,9; Lc 8, 2); y seguía de forma pública al Maestro. Los evangelios no lo dicen, pero la tradición ha identificado a Magdalena con la mujer pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó después con su cabellera (cf Lc 7, 37-38): la mujer de la que dijo Jesús: “*sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho*” (Lc 7, 47).

María Magdalena acude al sepulcro con la intención de embalsamar el cuerpo de Jesús (cf Mc 16, 1-2). Y se halla ante una extraordinaria sorpresa: “*Vio la losa quitada*” y el sepulcro abierto. De inmediato, regresa corriendo a la ciudad para contárselo a Pedro y a Juan. Al verlos, les dice alarmada: “*Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto*”. Estas palabras les parecieron a los apóstoles un delirio y no las creyeron, según atestigua el relato de Lucas (cf Lc 24, 11). No obstante, “*Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro*” (Lc 24, 12), acompañado por Juan.

Tras examinar el sepulcro vacío, los dos discípulos vuelven a casa sin proferir palabra (cf. Jn 20, 10). Pedro ha visto el sudario y las vendas; y ello contradice la afirmación de María sobre el robo del cadáver de Jesús. No es razonable pensar que una persona que se lleva el cadáver de la tumba le quite antes los lienzos que lo cubren y, además, pliegue el sudario que le cubría la cabeza. La tumba vacía y las vendas sin el cuerpo que habían envuelto no son una prueba, pero sí un signo de que Jesús ha dejado la tumba, ha vencido a la muerte. Pero Pedro no ha comprendido todavía el signo; en cambio, el discípulo amado, “*que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó*”. En esta fe de Juan encontramos el cumplimiento de una promesa de Jesús: “*El que me ama será amado por mi Padre y yo también lo amaré y me manifestaré a él*” (Jn 14, 21). El amor a Jesús ha hecho posible a Juan entender a fondo la Escritura y descubrir, a partir de un sepulcro vacío, que Cristo ha resucitado. Juan nos invita hoy a entrar con él en sepulcro vacío, en el misterio de Jesús, y a confesar a la luz de la Escritura que Cristo ha resucitado, como lo había anunciado.

Aquí termina el evangelio de hoy, pero podemos acompañar un poco más a María Magdalena, que regresa “*junto al sepulcro*” (Jn 20, 11) llorando y buscando el cadáver de Jesús. Un amor persistente y una búsqueda que “*obliga*” al Resucitado a



Carlos López Hernández

mostrarse a ella, llamándola por su nombre: “**María**”. Magdalena se arroja a sus pies y exclama: “*Maestro mío*” (Jn 20, 16). Seguidamente, corre a anunciar a los discípulos la resurrección. Ella es “la apóstol de los apóstoles”, como afirma la tradición de la Iglesia.

Aquella fue la primera fiesta de la Pascua, pero el anuncio gozoso de María y la mirada de fe del discípulo amado han atravesado los siglos. Todavía hoy resuena aquella palabra que es anuncio gozoso para toda la humanidad: “*Dios ha resucitado a Jesús*” (Hch 2, 24), “*el primer resucitado de entre los muertos*” (Col 1, 18). Él es para todos los hombres la esperanza de la gloria; la esperanza de una vida sin fin.

Así lo proclama también Pedro en la primera lectura. Tras entrar en la casa del centurión Cornelio, toma la palabra y hace este anuncio: Jesús, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él, murió injusta y cruelmente, pero Dios lo resucitó al tercer día, y se apareció a muchos.

Estas apariciones confirman lo que el sepulcro vacío hacía ya intuir. Pedro afirma: “*Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él después de resucitar de la muerte. Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos*”.

Jesús resucitado está lleno de poder. Su primer poder no consiste en juzgar, sino en conceder la remisión de los pecados, alcanzada con su sangre derramada en la cruz. El poder de Cristo resucitado es un poder de salvación. Ningún otro fuera de él puede salvar. Sin embargo, al final tendrá el poder de juzgar.

Pablo nos revela en la segunda lectura las consecuencias que tiene la resurrección de Jesús para nuestra vida; afirma que nosotros hemos resucitado con Él. Por eso estamos obligados a corresponder a esta gracia extraordinaria que hemos recibido. Pablo afirma: “*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*”.

Aspirar a los bienes de arriba significa vivir en la fe, en unión con Cristo resucitado; vivir en la esperanza de la gracia de Dios para cada momento de nuestra vida, y en la esperanza de la gloria de Dios al final de la misma; y significa vivir en el amor de Cristo: Amándonos unos a otros como él nos ha amado; perdonándonos, como él nos ha perdonado; sirviéndonos, como el nos ha servido; no encerrándonos en nuestros intereses, sino saliendo cada uno de nosotros mismos, para buscar el bien de los demás, como Jesús, que pasó por la vida haciendo el bien. Esta manera de vivir acredita que hemos muerto con Cristo y que nuestra vida “*está con Cristo escondida en Dios*”. Así somos testigos auténticos del gozoso mensaje de la resurrección. Y así, “*cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria*”.



Carlos López Hernández

Desde aquel día primero de la semana comienza el acoso a los testigos de la resurrección, acusados de haber robado el cuerpo del crucificado. Enseguida viene la persecución abierta a los apóstoles, por anunciar a Cristo resucitado. Además existe el nuevo y gran pecado de permanecer insensible a la resurrección. La falta de fe en la acción misteriosa del Resucitado lleva al pesimismo y la desconfianza. No pueden asumir el seguimiento de Jesús, ni menos aún, entregarse a la misión evangelizadora, quienes creen que nada puede cambiar en su vida y en la sociedad, y consideran inútil esforzarse. Esta actitud es una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la tristeza insatisfecha y el vacío egoísta. El desaliento escéptico favorece la implantación de la injusticia estructural en las relaciones sociales y entre los países, y limita el horizonte de esperanza de las personas.

Frente a esta forma de pensar y vivir, la celebración de la Pascua nos llama a recordar que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está vivo y lleno de poder de santificación y de vida. Jesucristo es el Viviente. Está presente en la vida de cada persona que lo acoge, y en medio de la comunidad cristiana. Acompaña la predicación de los discípulos, y confirma su palabra y su testimonio. Cristo resucitado es la fuente de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para permanecer en comunión con él hasta el final, y para cumplir la misión que nos encomienda para la salvación del mundo.

Al celebrar hoy con gozo la resurrección de Jesucristo entonamos el canto de los redimidos: “¿Dónde está, muerte, tu victoria?... Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 15, 55.57). Su resurrección es una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no cesan. Las últimas están recientes y presentes: la persecución de los cristianos, los atentados terroristas y la multitud de corazones, de puertas y de fronteras cerrados a las víctimas de la guerra que en vano solicitan refugio. Pero en los corazones tocados por el Resucitado siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce fruto de verdad y de justicia, de amor y de belleza. Esa es la eficacia misteriosa de la resurrección, que hemos de vivir y testimoniar con esperanza y alegría, entre contrariedades y sufrimiento. El Resucitado nos acompaña siempre en el camino.

Salamanca, 27 de Marzo de 2016